

El proyecto del Cerrejón: un espacio relacional para los indígenas wayuu, la empresa minera y el Estado colombiano¹

Claudia Puerta Silva

Instituto de Estudios Regionales (Iner)

Universidad de Antioquia

Dirección electrónica: cpuerta@iner.udea.edu.co

Puerta, Silva, Claudia (2010). "El proyecto del Cerrejón: un espacio relacional para los indígenas wayuu, la empresa minera y el Estado colombiano". En: *Boletín de Antropología* Universidad de Antioquia, Vol. 24 N.º 41, Medellín, pp. 149-179.

Texto recibido: 20/04/2010; aprobación final: 18/07/2010.

Resumen. Este artículo aborda la construcción teórica y metodológica de la noción de espacio relacional, con el fin de demostrar su riqueza para el análisis de las implicaciones del proyecto del Cerrejón en la reproducción socioétnica wayuu. El espacio relacional permite distinguir los dominios, las escalas y las características de las relaciones e interacciones que se activaron entre la multinacional, el Estado colombiano y los wayuu. La figura de espacio relacional potencializa un análisis situacional y circunstancial, sin excluir una visión histórica y estructural de las continuidades y transformaciones de las estrategias de articulación indígena, específicamente su vinculación con el "desarrollo".

Palabras clave: La Guajira, Cerrejón, Colombia, minería, espacio relacional, campos de representación, prácticas de interacción, análisis socioespacial, desarrollo, indígenas wayuu.

1 Este artículo retoma aspectos desarrollados en la tesis doctoral de la autora, titulada "Les indiens wayuu et le projet minier du Cerrejón en Colombie: Stratégies et politiques de reconnaissance et d'identité". Sustentada en 2009, en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París, bajo la dirección de Jonathan Friedman.

The project of the Cerrejon: a relational space for the Wayuu people, the Colombian state, and the mining company

Abstract. This article aims to describe the methodological and theoretical construction of the notion of relational space, demonstrating its utility for the analysis of the Cerrejón mining project's implications for the wayuu's socioethical reproduction. The notion of relational space allows the differentiation of domains, scales and characteristics of and taken by the relationships and interactions between the multinational, the Colombian State and the indigenous people wayuu. The figure of relational space permits a circumstantial and situational analysis, without excluding a structural and historical insight into the continuities and transformations of indigenous articulation strategies, specially their connection to "development".

Keywords: La Guajira, Cerrejón, Colombia, mining, relational space, situational analysis, relationships and interactions, development, indigenous, wayuu.

Presentación

Los proyectos mineros, y en general los proyectos de desarrollo, pueden ser considerados como conjuntos relativamente coherentes de ideas y prácticas² vehiculados por un grupo social, que legitiman la instalación de las actividades de este grupo en un lugar determinado, justificándola mediante la idea del "desarrollo".³ Para estudiar el caso del proyecto carbonífero del Cerrejón, el concepto de espacio relacional es sugerente para comprender analíticamente las múltiples dimensiones, componentes, escalas espaciales y actores involucrados en las dinámicas socioambientales, geopolíticas y económicas de dicho proyecto carbonífero. Este artículo busca demostrar la utilidad del concepto de espacio relacional para analizar integralmente las relaciones entre actores diversos, por periodos de tiempo extensos y abordando diferentes niveles de análisis.

El Cerrejón generó múltiples y variados impactos sociales, culturales, económicos, territoriales y políticos en las comunidades indígenas wayuu, pero principalmente creó un nuevo orden social y, en este sentido, un espacio relacional. Esto es, un espacio social, político-jurídico y cultural en donde se configuraron campos de representaciones y de discursos y, también, se definieron y afinaron prácticas de intermediación y de negociación. El presente texto presenta la construcción teórica y metodológica de la noción de espacio relacional, teniendo en cuenta, por un lado, las estructuras —dinámicas más amplias alrededor del mismo y las condiciones de relacionamiento— y, por otro, los recursos, las estrategias y los mecanismos interaccionales puestos en marcha por los agentes sociales para articularse al proyecto minero.

Asumir como espacio relacional el proyecto minero del Cerrejón, me permitió analizar las múltiples dinámicas generadas por él. Mediante esta herramienta con-

2 Propuesta de Tsing para definir un proyecto de desarrollo (2000: 347).

3 Entiendo, como Sachs (1996), que el desarrollo es un molde mental, es decir una forma de ver el mundo y, en este sentido, una forma de ver el futuro. Trabajaré más adelante la idea de gestión del futuro como una alternativa a la categoría de desarrollo.

ceptual pude indagar, primero, sobre las negociaciones (instrumentales y simbólicas) activadas por los wayuu para garantizar su reproducción como pueblo indígena; segundo, identifiqué los mecanismos de la multinacional para hacer viable la operación minera; y tercero, me facilitó el cuestionamiento de las formas del Estado para ejercer su soberanía en la región, para implementar una visión de nación (ejecutar sus planes de desarrollo) y para proteger a sus ciudadanos.

Adicionalmente, a través de la construcción del proyecto en tanto espacio relacional fue posible identificar y comprender los condicionamientos que operaron sobre las relaciones e interacciones entre los agentes sociales. Logré revelar las condiciones ligadas a la economía y geopolítica mundial, como también las condiciones propias de la escala nacional, tales como las políticas colombianas concernientes a los recursos naturales, a la inversión extranjera y a las poblaciones indígenas. Además, detecté continuidades en las prácticas y lógicas propias de las multinacionales y de los wayuu. Y especialmente, para estos últimos, sus lógicas y prácticas de articulación a dinámicas más amplias.⁴

Con esta herramienta analítica busco aportar a la antropología en su comprensión de las dinámicas de articulación de grupos humanos con procesos de larga escala, sin verlos necesariamente como resistencias o como acomodamientos, sino más bien como articulaciones, o como han sido llamados por Sousa (2003), movimientos “contrahegemónicos”.⁵ Estos movimientos, desde mi punto de vista, se configuran a partir de prácticas y discursos de negociación de poblaciones locales con proyectos hegemónicos y globalizantes. Considero que estos movimientos “abajo-arriba” se refieren, en el fondo, no exclusivamente a la oposición por parte de las poblaciones locales a las hegemonías globales, sino a las reivindicaciones de sus derechos, derechos ligados principalmente a existir de manera más o menos autónoma, en términos legibles a los actores hegemónicos, para no ser excluidos de dinámicas más amplias.

4 En este sentido fueron útiles las ideas desarrolladas por Friedman con relación a los procesos de articulación entre lo local y lo global (Friedman, 1996a, 2000a, 2000b, 2007).

5 Utilizo la noción de movimiento contrahegemónico inspirada en los trabajos de Boaventura de Sousa Santos, quien manifiesta la urgencia de establecer relaciones que configuran las globalizaciones contrahegemónicas con el fin de construir un paradigma de redistribución (igualdad) y de reconocimiento (diferencia) (2003, p. 84). Su concepto es similar a la idea de una combinación compleja de estrategias del tercer mundo y del cuarto mundo (Friedman, 1996d). La estrategia del cuarto mundo (*fourth world strategy*) es definida como una estrategia que busca salir del sistema y mantener o crear comunidades culturales organizadas autosuficientes y autónomas. La estrategia del tercer mundo, por su parte, busca atraer flujos de riqueza y crear dependencias hacia el sistema (Friedman, 1996d). Estos enfoques no se alejan de los aportes de Arturo Escobar sobre los movimientos socioétnicos afrocolombianos (Escobar, 1996, 1999). Sin embargo, la centralidad de la noción de resistencia en sus primeros trabajos limita, desde mi perspectiva, el reconocimiento de la heterogeneidad, de la creatividad y, en algunos casos, de la espontaneidad de las estrategias locales. Sus textos más recientes expresan mejor la variedad de respuestas locales, incluso de aquellas de acomodamiento (Escobar y Paulson, 2005).

En palabras de Escobar se trataría, entonces, de indagar por las alternativas *de* la modernidad —a su interior— y no por las alternativas *a* la modernidad —por fuera de ella— (Escobar y Boulianne, 2005).

Para alcanzar mi objetivo, propongo abordar la construcción de la noción de espacio relacional a partir de un recorrido por otros enfoques, antecedentes descritos en la primera sección de este artículo. Luego, me adentraré en la idea de relacionamiento social para situar mi reflexión, insistiendo en la naturaleza política de las dinámicas generadas por el proyecto minero; en consecuencia, muestro dicho proyecto como espacio relacional; expongo sus ámbitos de operación, sus características y sus dimensiones. Finalmente, describo las intermediaciones producidas en dicho espacio a través de dos evidencias: por un lado, mediante el fortalecimiento de los líderes wayuu y de las fundaciones mineras como intermediarios y por el otro, a través de la construcción de campos de representación como interfaces de legibilidad.

La construcción metodológica y teórica de la herramienta analítica de “espacio relacional” me permitió abordar los casi 30 años durante los cuales Intercor estuvo a la cabeza de la operación minera. El análisis se centró en la zona del proyecto minero llamada Cerrejón Zona Norte, CZN. El concepto de espacio relacional me permitió dar cuenta de la configuración de las relaciones entre los wayuu, la multinacional Intercor y el Estado entre 1976 y 2004, un periodo en el que ni las políticas estatales multiculturales, ni las políticas de responsabilidad social y de ciudadanía corporativa tenían la fuerza jurídica que tienen hoy. En la actualidad, al contrario, estas políticas ejercen una presión importante sobre el desempeño ambiental y social de las empresas mineras y les dan herramientas jurídicas y políticas a los wayuu y a otras comunidades locales para enfrentar proyectos económicos que intervienen drásticamente sobre sus vidas.

Al territorio ancestral de los wayuu llegaron los mineros, pero a diferencia de otros foráneos de todo tipo y estampa, esta vez sí se quedaron en la Guajira. “El desarrollo”, al contrario de la conquista española que tanto esperaron los ancianos wayuu, tomó la forma de desalojo y de destierro, aunque finalmente, “el desarrollo” ha tomado formas y ha conseguido fines que son negociados constantemente en el espacio relacional, tanto por la empresa minera, como por los propios wayuu. Las diferentes versiones del desarrollo en la Guajira hoy se encuentran vinculadas a los discursos indígenas reivindicativos de derechos y a sus prácticas de reproducción socioétnica.

Antecedentes

Cuando presenté por primera vez el proyecto de la tesis doctoral, mi perspectiva se centraba en asumir el proyecto minero como el encuentro entre una multinacional y un pueblo indígena, esto es, como una *relación intercultural*, en la cual los actores se involucran en un *proceso comunicativo intercultural*. Por relaciones interculturales entendía las relaciones entre actores que enfatizan y hacen explícitas sus pertenencias

culturales, sus formas de ver el mundo y de comportarse en él. Es un término que remite a *la comunicación intercultural* que durante los años 70 y 80 se refería al estudio de las relaciones entre agentes de desarrollo y comunidades locales. Después de dividirse, de allí surgió un campo en el cual se les enseñaba a los directivos o agentes de las empresas multinacionales a comportarse y a manejar las relaciones con sus interlocutores en tierras lejanas y culturalmente diferentes a su origen. La comunicación intercultural se definía desde este enfoque como la comunicación interpersonal entre interlocutores provenientes de sistemas socioculturales diferentes o de subsistemas en el mismo sistema cultural. Se centraba en la eficacia de la comunicación y en las competencias comunicativas de los individuos (Condon y Yousef, 1976).

Aunque yo comprendía que “la comunicación siempre implica personas y son ellas las que vehiculan o median en las relaciones entre culturas”, lo que me interesó más fue el “hecho relacional” que “conlleva con él un trasfondo de representaciones, de valores, de códigos, de estilos de vida, de modos de pensar propios de cada cultura” (Ladmiral y Lipiansky, 1989: 11).

En la literatura sobre “el desarrollo” en comunidades del “tercer mundo” o “mundo en desarrollo”, los autores se refieren al encuentro entre los agentes de desarrollo y las comunidades locales como un encuentro intercultural. En este sentido, la interculturalidad se basaría en la diferencia de las visiones del mundo (ideología económica del uso de los recursos y de la forma de habitar la tierra, y los conocimientos ambientales y económicos) y las prácticas socioculturales. Desde esta perspectiva, de un lado se encuentra la visión moderna del desarrollo, alegando la necesidad de cambio cultural para que las comunidades locales sean parte de ese mundo occidental. Y del otro lado, están las comunidades locales, recipientes de esa nueva ideología, que buscando pertenecer de alguna manera al mundo, relegan sus culturas, o las transforman, en aras de asumir “el desarrollo”.

En este enfoque se reconoce una intencionalidad en el encuentro: inducir el cambio sociocultural en la localidad. Hay, en cualquier caso, una situación de dominación o de hegemonía en la cual el dominante tiene la intención de dar un margen de maniobra al dominado, quien, a su vez, busca acomodarse al dominante. Los estudios que se inscriben en esta tendencia se centran en analizar las relaciones de poder, la autoridad del conocimiento, los problemas de transmisión de saber y tecnología, la reedificación o el reemplazo de los “sistemas de conocimiento tradicionales”, o en explicar las razones del éxito (que pocas veces se da en los términos planteados) y las del fracaso de los programas de desarrollo.

En este marco parecía que el concepto de relaciones interculturales permitiría analizar el fenómeno/proceso que se genera durante el encuentro de este tipo de actores (colectivos e individuales) provenientes de dos universos culturales o epistemologías diferentes. En el caso del Cerrejón, este acercamiento implicaba asumir que dos sistemas culturales estaban interactuando a través de los actores. Pero analíticamente no fue posible aplicar el mismo tratamiento a las multinacionales que a

los wayuu, aunque resultara tentador. La multinacional no es una “cultura” ni una etnia. Podrían identificarse prácticas, lógicas y discursos propios de una “cultura” empresarial en el seno de las multinacionales. Pero éstas no podrían considerarse como una categoría en el mismo nivel que una etnia o un grupo humano que se distingue cultural y socialmente de la sociedad nacional colombiana (Comunicación personal de Robert VH Dover, 2005), aunque, desde las perspectivas clásicas antropológicas, las multinacionales serían vistas como parte de la sociedad nacional/la sociedad mayor/la sociedad dominante.

Los relacionamientos sociales: historia, situacionalidad, articulación

Con la idea de *identidades relacionales*, la antropología demostró el carácter esencialista de las definiciones clásicas de identidad y de cultura, supuestamente basadas en rasgos estáticos, únicos, puros y no modificables; así, una lista de características diferenciadoras del sistema simbólico, económico, político y social fijaban las imágenes de las sociedades. Pero con la idea de que las identidades se activaban en el “hecho relacional” (Barth, 1976), la antropología produjo teorías sobre la identidad cultural o etnicidad, sus matices y variaciones, sus coherencias e incoherencias. El culturalismo, el postestructuralismo, la antropología interaccional, el postcolonialismo, la antropología global, entre otras, produjeron nociones como etnicidad, subalternidad, reproducción social, cambio social, fronteras étnicas, etc. Estas nociones enfatizan el dinamismo de los fenómenos identitarios de la actualidad, fenómenos en los cuales, grupos humanos o individuos siguen siendo etiquetados o se siguen llamando a ellos mismos de la misma manera, aun cuando no se vistan “tradicionalmente” o no hablen la lengua, o no vivan en “comunidad”. Estas nociones han permitido explicar las identidades y culturas de los grupos indígenas, minoritarios nacionales, o inmigrantes, bien como resultado de una relación con los grupos dominantes —en su mayoría occidentales—, o como posición en las relaciones de dominación y poder, o como alternativas al desarrollo y el capitalismo o como la posición de lo local en el sistema-mundo, o también, como las respuestas locales a las propiedades coercitivas del sistema-mundo o la reproducción sociocultural, es decir, como la articulación de lo local (las culturas locales, los grupos locales, las identidades étnicas) con lo global.

Aunque en este texto acojo, en parte, la idea de las identidades situacionales y estratégicas, siempre resulta evidente que la gestión de las identidades por parte de individuos y comunidades se fundamenta en referentes que podrían considerarse “históricos”; referentes que son constantemente mencionados en las narrativas que las personas construyen para demostrar, reivindicar y defender su pertenencia étnica o su particularidad cultural, y que terminan por ser una lista de prácticas, imágenes, epistemologías y formas de ver el mundo que apelan a una memoria cultural.

Adicionalmente, en algún punto de mi reflexión se hizo evidente que la multinacional y el proyecto minero eran expresiones de un fenómeno global, o mejor, eran fieles expresiones del sistema económico mundial. La teoría de los sistemas-mundo explica la época actual como correspondiente a una fase de expansión del sistema-mundo ligada a un ciclo de oscilación (el otro extremo es la contracción) (Wallerstein, 1995). En el nivel de las “identificaciones”, es decir, de las formas de situarse en el mundo, esta fase se caracteriza por el desplazamiento de las “identidades nacionales” y el reforzamiento de las identidades basadas en la búsqueda de las raíces (Friedman, 1996c: 86).

Durante dicha fase del sistema-mundo se presentarían procesos de descentralización y fragmentación de los Estados y de las identidades. La ciudadanía, expresión de la membrecía a un Estado, se reemplazaría por identidades basadas en *primordial loyalties*: etnicidad, raza, comunidad local, lenguaje y otras formas culturales concretas (Friedman, 1996c: 86). En este marco de comprensión se sitúa el reconocimiento de la existencia de “lógicas y prácticas de articulación” a dinámicas más amplias señalado anteriormente; en resumen, lo que Friedman llama procesos de articulación entre lo local y lo global. Su enfoque global propone asumir tanto las estrategias locales, como también las propiedades globales estructurantes de las primeras. Friedman utiliza la noción de articulación en su enfoque de las dinámicas de expansión y contracción de centros (y la emergencia y la desaparición de las periferias) en el sistema mundial. Para él, la comprensión de procesos históricos de larga duración en este sistema mundial y de las propiedades (expansión/contracción, hegemonía/fragmentación) es indispensable para abordar las estrategias culturales y las reacciones locales puestas en marcha frente a las condiciones de existencia en transformación constante (Friedman, 1996a, 2000a, 2000b, 2007).

En este sentido, fue útil constatar que los líderes wayuu tuvieron, gracias a estas tendencias mundiales —aterrizadas en las políticas de reconocimiento nacionales—, un cierto margen de maniobra para la producción de una política de reivindicación identitaria como una de las estrategias locales para enfrentar / articularse con el proyecto minero.

A mi parecer, el enfoque de la antropología global tiene la ventaja de conectar los eventos locales con tendencias y dinámicas más amplias. A veces, sin embargo, pareciera que el vínculo es algo fatalista por no decir determinista. Es cierto que deja espacio interpretativo para los efectos surgidos del nivel experiencial pero, en general, el análisis se ve “agarrado” por un movimiento interpretativo que va de arriba hacia abajo. Ahora bien, un análisis desde una perspectiva histórica de las relaciones de los wayuu con otros actores desde la denominada “conquista” fue fundamental para comprender la fuerza de lo local en el espacio relacional. En efecto, a través de análisis de profundidad histórica pude dar cuenta de los mecanismos de reproducción sociocultural de esta sociedad, es decir, de la continuidad histórica de su existencia, del proceso social acumulativo y de la transformación social (Friedman, 1996e: 7-9).

En el presente punto me encontré con el enfoque más reciente de Escobar, el cual se centra en una perspectiva que él mismo ha llamado “las alternativas de la modernidad”, esto es,

[...] la posibilidad de descubrir y construir otras visiones del mundo, que no pueden reducirse a la sola experiencia de la modernidad y que operan, al menos en parte, sobre la base de otras formas de pensar, de otras experiencias históricas y lógicas culturales. Este último conjunto se distinguiría no solamente en el nivel epistemológico, sino también en el nivel epistémico y, tal vez, se diferenciaría también por presupuestos ontológicos sobre qué es el mundo y cuál su manera de funcionar (Escobar y Boulianne, 2005: 140).⁶

Para él, el ejemplo lo dan las comunidades autóctonas de América Latina que, aunque inmersas en la modernidad, no son reductibles a ella. Este sería el caso de los wayuu tal y como ha sido mostrado en la amplia literatura producida sobre este pueblo indígena.⁷ Pueblo irreductible, resistente a la dominación, el wayuu ha mantenido la dominación de su territorio y de todas las actividades económicas allí ejercidas, por lo menos hasta antes de que se instalara la mina. De hecho, lo que permite la noción de espacio relacional es mostrar la heterogeneidad de las relaciones de fuerza, pero también su variabilidad. Tal noción avanza hacia una idea de articulación, en oposición a la idea clásica de relaciones de poder. Por supuesto, la noción de articulación no escapa a las hegemonías, dependencias, acomodamientos, y tampoco es ajena a las negociaciones y transacciones. Al contrario, la articulación se produce y reproduce en continuas negociaciones.

Lo político de las relaciones

En el caso de estudio, además de encontrar elementos estructurales —propiedades que hacen funcionar el sistema de cierta forma y que determinan el lugar en donde se ubican las sociedades, su tipo de articulación e integración a un sistema mayor, etc.— que perfilaban las características de la relación establecida entre la multinacional y los wayuu, descubrí en todos los testimonios una *naturaleza política* que hacía referencia y me mostraba una negociación constante in situ; negociación en la que se configuraban las lógicas, discursos y prácticas de los actores. Las multinacionales justificaban los efectos de la minería porque su proyecto era económicamente beneficioso para el país, lo legitimaban con el contrato firmado con el Estado colombiano y, en general, con arrogancia, argumentaban sus decisiones con respecto

6 Traducción mía del original en francés.

7 Por las limitaciones de espacio no es posible desarrollar una descripción que haga honor a la vida y al ser wayuu. Por ello recomiendo al lector los siguientes textos que pueden acercarlo a este pueblo indígena (véase anexo en la bibliografía).

a las poblaciones vecinas o afectadas por la operación minera. Los wayuu, por su parte, solicitaban reparación de los daños señalando que las negociaciones de tierras fueron injustas, pues se aprovecharon de su poca capacidad y preparación. También reivindicaban, ahora con conocimiento de causa, su derecho a decidir su propio futuro, que, inevitablemente, será al lado de la mina de carbón más grande del mundo. Aquí no hace falta decir que sus reivindicaciones mayoritariamente económicas, no han excluido cuestionamientos culturales y epistemológicos. El Estado, inmóvil, casi siempre, observador ajeno, solamente se hizo presente a partir de los años 90, no interviniendo directamente en el espacio relacional del proyecto minero, sino descentralizando sus funciones, “modernizando” sus instituciones y generando un marco jurídico multicultural que le daría herramientas políticas a los wayuu para negociar de manera diferente con la multinacional.

Dada la predominancia de lo político en las relaciones entre los actores me acogí, en parte, a la perspectiva propuesta por Abélès, según la cual

Un enfoque antropológico consecuente y deseoso de no cosificar el proceso político tiene que combinar, a nuestro entender, tres tipos de intereses: en primer lugar, el interés por el poder, el modo de acceder a él y de ejercerlo; el interés por el territorio, las identidades que se afirman en él, los espacios que se delimitan; y el interés por las representaciones, las prácticas que conforman la esfera de lo público (Abélès, 1997).

La apropié parcialmente porque además de interesarme por el territorio en el que las identidades se afirman (en este caso, el territorio se vuelve argumento central de las reivindicaciones locales), le aposté a un análisis socioespacial en el cual el espacio es físico pero también es social, el espacio se configura mediante la negociación de prácticas y discursos, tanto en el nivel de las interacciones y prácticas, como en el de las representaciones sociales. Es en este sentido que empecé a construir mi objeto de estudio, el proyecto minero, no solamente como el impacto o la transformación de las condiciones de existencia locales, sino como un espacio relacional. Para ello me apoyé en los trabajos más contemporáneos sobre geopolítica, economía política, geografía crítica, antropología del poder, antropología global, algunas ideas de la antropología cognitiva y la nueva antropología del desarrollo. No podía estar ajena tampoco a algunas antropologías del sur cuyas propuestas aportan la valoración y reificación de la agencialidad de las poblaciones locales, aun cuando se ven fatalmente envueltas en movimientos globalizadores y hegemónicos.

Para el desarrollo de la tesis doctoral me basé en métodos cualitativos, aunque en algunos casos me adentré en el análisis de datos cuantitativos que tenían que ver con las cifras de producción y exportación de carbón, inversión social, impuestos y regalías. Durante seis años fui periódicamente a la Guajira en donde observe reuniones de líderes y asambleas comunitarias, entrevistas con empleados de la mina, funcionarios del gobierno local y las entidades ambientales y sanitarias, así como

con líderes, promotores de salud, artesanas y mayores indígenas. También hice dos censos en dos resguardos wayuu para levantar genogramas que me permitieran comprender las dinámicas de liderazgo y autoridad en las comunidades wayuu. Así mismo, levanté varias cartografías de zonas aledañas a la mina y las complementé con los datos censales que había obtenido. Comparé los mapas del antes y después de la llegada de las multinacionales con relatos sobre los impactos socioambientales de la explotación minera. Contrasté los mapas de resguardos con las áreas de influencia y con los programas sociales definidos por la empresa multinacional e hice un recorrido cronológico de las transformaciones jurisdiccionales del territorio guajiro. Las frecuentes visitas a la Guajira me permitieron entablar relaciones estrechas con líderes, jóvenes y mayores wayuu con quienes aprendí sobre el ser wayuu y sobre las tensiones en las que se ven envueltos los grupos indígenas situados entre sus prácticas y lógicas tradicionales y los retos implicados en la articulación con la modernidad.

El Cerrejón es una operación minera que ha ocasionado profundos efectos sobre los wayuu. Es una mina que ha llenado de huecos el paisaje del desierto habitado por este pueblo indígena y que ha implicado transformaciones permanentes y difíciles de borrar de la memoria wayuu. Pero también, el Cerrejón es un proyecto (Tsing, 2000: 347), geoeconómico a largo plazo que fue presentado como la materialización del desarrollo: desarrollo para la Nación colombiana, para la Guajira y para los wayuu. De manera que reconozco en el Cerrejón un proyecto de las multinacionales y del Estado, pero no de los indígenas, aunque dicho proyecto haya generado un espacio relacional en el cual las interrelaciones sociopolíticas específicas se revelan en las negociaciones, los conflictos y las articulaciones.⁸

El proyecto minero como espacio relacional

Ver el proyecto como un espacio relacional, inherentemente político, me permitió dar respuesta a preguntas por las lógicas con las que interpretaron los actores su encuentro y las prácticas y discursos de interacción construidas por ellos gracias a una negociación constante. Quise, al inicio, ver los actores como expresión de dinámicas estructurales, pero luego me concentré en la escala experiencial, sin ver en ella solamente la reproducción de dinámicas globales. Al contrario, traté de centrarme en identificar la agencialidad de los actores, que era evidente en los procesos de negociación simbólica e instrumental, procesos configurantes de las relaciones entre la multinacional y las comunidades vecinas wayuu. En este sentido, me pareció más productivo un acercamiento a las dinámicas de interacción e interrelacionamiento sin descuidar los contextos y las propiedades globales.

8 Estos tres conceptos están inspirados en gran medida en la reflexión de Gupta (1995) sobre las relaciones de los individuos con el Estado, clasificadas por el autor así: negociaciones, resistencias y acomodamientos.

De hecho, me pregunté por la agencialidad, porque era evidente que los wayuu no se habían quedado pasivos frente a la fatalidad e inevitabilidad del proyecto minero. Los wayuu generaron y desarrollaron poco a poco mecanismos para articularse y hacer funcional el proyecto para ellos, es decir, para sacar “beneficios” del mismo. Ello quiere decir que tal vez sus estrategias resultaran exitosas desde sus propios parámetros. Sin embargo, yo no quise catalogarlas ni como acomodamientos o adaptaciones, ni como resistencias. Ahora bien, a pesar de que la mayoría de las relaciones establecidas entre estos actores fueron conflictivas y las comunidades wayuu experimentaron episodios dramáticos,⁹ estas buscaron siempre generar estrategias operativas y funcionales que les permitieran seguir reproduciendo su vida. Algunas estrategias bien podrían ser caracterizadas de improvisadas y cortoplacistas, y otras pueden ser vistas como más elaboradas y de largo alcance.

El proyecto minero produjo un espacio relacional, en el cual cada uno de los actores tomó su posición en función de sus propios recursos y objetivos, afrontando las condiciones externas mediante múltiples estrategias prácticas y discursivas. Estrategias que se fundamentaron y se argumentaron desde las visiones que cada uno de estos actores movilizó con relación a sus construcciones sobre el lugar que “tienen” o “deberían idealmente” tener en el mundo, en la Nación, en la Guajira, en el proyecto minero, así como también desde sus ideas sobre cómo debería ser el futuro, esto es, sobre lo que todos llaman desarrollo “a secas”, o desarrollo propio/autónomo.

De modo que “el proyecto minero del Cerrejón” creó una situación de articulación entre las dinámicas locales y globales, y entre sectores de la sociedad wayuu y la multinacional.¹⁰ La noción de espacio relacional mostró ser un instrumento analítico útil para explorar la situación de articulación y circulación de prácticas e ideas movilizadas y negociadas por agentes sociales, pero influenciadas por propiedades estructurantes. En ese sentido, los discursos se produjeron y reprodujeron, en este espacio, de manera multilocal en relación con un conjunto *situado* de prácticas y de relaciones.¹¹

9 Para conocer más sobre estos episodios, véase Puerta Silva (2009), segunda parte.

10 Me distancio de Ferguson cuando señala que las explotaciones mineras contemporáneas “have mostly not entailed investment in the construction of national ‘grids’ of legibility” en contraste con los proyectos mineros coloniales o del tiempo de las independencias “in Africa, where mining investment often brought with it a far-reaching social investment... Here, the business of mining —as exploitative as it undoubtedly was— entailed a very significant broader social Project” (Ferguson, 2005: 379). Tal vez los proyectos mineros no tengan una intencionalidad de convertirse en “proyectos sociales”, pero en la práctica restablecen el orden social y, en esa medida, generan campos de representaciones y prácticas que poco a poco se vuelven legibles para los actores involucrados.

11 Este tipo de análisis ha sido aplicado al desarrollo desde el punto de vista de los saberes locales y globales (Pottier, 2003: 10). Actualmente la noción de *situacionalidad* es central en la construcción de las nuevas geografías que ubican las territorialidades diferenciadas de grupos sociales en igual-

Los campos sociales: hacia la noción de espacio relacional

Según el enfoque de la escuela de Manchester, los campos sociales son “dominios de práctica social y política en los cuales [...] los actores manipulan las ‘normas’ [...] mientras que siguen sus ambiciones e intereses personales” (Gledhill, 2000: 209). En este sentido, las posiciones no estarían dadas, sino que el posicionamiento es más bien el resultado de la gestión individual. Estas gestiones pueden ser vistas como negociaciones instrumentales y simbólicas que movilizan expectativas, significaciones, valores, normas, jerarquías y estatus. Esta visión permite comprender los múltiples niveles de relacionamiento de la articulación favorecida por el proyecto del Cerrejón y, aunque enfatiza en el agenciamiento de los individuos y grupos, en este trabajo no se excluyó la evaluación de la incidencia de las propiedades estructurantes sobre dichos posicionamientos.

El espacio relacional que propongo aquí es similar al mundo social de Bourdieu:

Un espacio (con múltiples dimensiones) construido sobre la base de principios de diferenciación o de distribución constituidos por un conjunto de propiedades actuantes en el universo social considerado... De modo que los agentes y los grupos de agentes son definidos por sus *posiciones relativas* en este espacio [...] En la medida en que las propiedades son retenidas para construir este espacio son propiedades actuantes, se podría describir como un campo de fuerzas, es decir, como un conjunto de relaciones objetivas de fuerza que se imponen a todos los que entran en ese campo y que son irreductibles a las intenciones de los agentes individuales o incluso, a las *interacciones* directas entre los agentes (Bourdieu, 1984: 3).¹²

El proyecto minero produjo un espacio de múltiples dimensiones que existe bajo un conjunto de propiedades que le aportan a los actores lo necesario para su posicionamiento, pero, también, dichos actores agencian su “posicionamiento” gracias a la experiencia.¹³ Siguiendo a Bourdieu, las propiedades son tipos de poder o de capital distribuidos entre los actores, diferenciándolos. El mundo social de Bourdieu es un macrocosmos que puede ser analizado a través de diferentes campos: social, político, económico, entre otros, y por los diferentes tipos de capital que detenta cada actor o grupo de actores: económico, simbólico, cultural y social. Las propiedades del mundo social o de cada uno de los campos pueden ser intrínsecas o condicionales (el capital

dad de condiciones con la geografía y cartografía oficiales (Almeida, Wagner, Carvalho Martins y Shiraishi, 2005; Montoya Arango, 2007). La referencia a la multivocalidad sigue a Marcus (1995).

12 Traducción es mía del original en francés.

13 Las personas se ven afectadas por su entorno así como ellas lo afectan recíprocamente. La experiencia del cambio, es decir, la de un ser “afectivo” siendo afectado se intensifica por la experiencia de la experiencia. De este modo el individuo va acumulando esta memoria en hábito, en deseo, en una tendencia (Massumi, 2002; Pieterse, 2009). Stuart Hall también afirma que el hecho de posicionar(se) antes de ser posicionado es una nueva forma de etnicidad (Restrepo, 2004), que subraya la agencia del individuo.

acumulado) y relacionales o posicionales (la cantidad y la calidad que posee cada actor en un dominio específico) (Bourdieu, 1984). Si seguimos a Bourdieu, los agentes, con sus hábitos y capitales, “juegan” en los diferentes campos sociales, contribuyendo a reproducir y transformar la estructura social (Bourdieu, 1994: 19). Y finalmente, el poder y la posición de un actor en el campo determinan su forma particular de ver el mundo.

La noción de campo en Bourdieu le permite desligarse de una mirada estructural hegemónica en ese momento en el mundo académico, que él consideraba estrecha. La idea de campo remite a lo relacional, a una red o configuración de relaciones objetivas entre posiciones. Según el autor, lo real del mundo social son precisamente las relaciones: “Lo que existe en el mundo social son las relaciones. No interacciones entre agentes o lazos intersubjetivos entre individuos, sino relaciones objetivas que existen ‘independientemente de la conciencia o la voluntad individual’, como afirmó Marx” (Bourdieu y Wacquant, 2005: 150).

Sin embargo, desde la perspectiva de Bourdieu las posiciones están objetivamente definidas, se imponen a sus ocupantes, es decir, a los individuos y, en resumen, son determinantes del capital o poder que estos puedan activar (Bourdieu y Wacquant, (2005). En este punto tomo distancia de la noción de campo o espacio social de Bourdieu. Aunque entiendo el espacio relacional como un escenario de posicionamientos sobre el cual operan unas estructuras condicionantes, también creo que los posicionamientos son negociados, no son fijos ni determinados objetivamente y asumo también que las relaciones no son objetivas sino más bien negociables y en continua configuración. Me distancio también de la naturaleza institucional —es decir, institucionalizada, ya establecida— que tienen los campos que componen el universo social de Bourdieu.

Por ello, el énfasis del espacio relacional que expongo en este artículo se ubica en la agencialidad y situacionalidad de las relaciones. Retomo, entonces, a la idea de *interacción* para referirme a la escala experiencial y acojo la noción de *relacional* para aludir a las escalas epistémica y estructural.

En el espacio relacional distinguí dominios, escalas y caracteres. A continuación trataré de resumir de qué se trata cada uno de ellos ilustrando con algunos ejemplos etnográficos.

Dominios del espacio relacional

Con estas interpretaciones en mente propongo distinguir tres dominios de funcionamiento u operación del espacio relacional: estructural, epistémico e interaccional.¹⁴

14 Aquí resulta inspiradora la interpretación que Soja hace de la dialéctica espacial Lefebvriana. En este marco, el primer espacio es el de la práctica espacial, el espacio percibido, la espacialidad física material y materializada. El segundo espacio, es ideacional, se constituye por las representaciones del espacio, es el espacio concebido. Finalmente, el tercer espacio, el espacio vivido (Soja, 1996). Aunque no definí los dominios del espacio relacional pensando en esta trilogía,

En primer lugar el dominio estructural, constituido por unas propiedades condicionantes y contextuales que predisponen las relaciones pero al mismo tiempo sufren transformaciones o continuaciones gracias a la dinámica del espacio relacional. Algunas de estas propiedades globales son: el sistema económico mundial; las políticas de reconocimiento identitario y político de los grupos llamados “tradicionales”; el rol de las multinacionales, de los estados y de las poblaciones locales en el sistema político-económico global; las tendencias en las ideologías corporativas, estatales e indígenas sobre el desarrollo, la otredad y el bienestar; y la historia de la relación entre el Estado y la Guajira, y entre esta península y el mundo. De modo que en este dominio estructural se revelan la mayor parte de las tensiones, conflictos y contradicciones de la articulación entre las dinámicas multilocales y globales.

El segundo dominio es epistémico, es decir, remite a los campos de representación y sentido en donde se construyen y confrontan las ideas y visiones sobre el otro y sobre asuntos clave de negociación en el marco de la relación. En esta dimensión se definen e instalan las hegemonías del ejercicio del poder en las representaciones sobre el otro; es en este ámbito en donde se estructuran las relaciones entre entidades “conceptualizadas”, entre construcciones imaginadas e ideológicas, entre referentes abstractos y homogéneos, es decir, entre las epistemes. Tal dominio podría ser entendido como el de la negociación de sentidos, significados y representaciones, particularmente, entre maneras de ver el mundo.

En tercer lugar se encuentra el dominio interaccional, o sea, el de los espacios de contacto cara a cara de los agentes sociales que “representan” (o están delegados por) la empresa, el Estado y los wayuu. Este dominio se nutre de las experiencias de interacción entre los líderes de las comunidades wayuu y los empleados de las fundaciones mineras, así como entre ellos y los funcionarios públicos de diferentes instituciones públicas. Es aquí donde se sitúan las prácticas de negociación, materializadas en alianzas y acuerdos, y también, en conflictos y distanciamientos. Por ello podemos decir que en este dominio se configuran las versiones locales heterogéneas del *hecho relacional* del proyecto minero. Siguiendo a Turner, “las interacciones son situaciones de negociación del orden social, al seno de las cuales, se forman la pertenencia y el poder” (Dahou, 2004, p. 111). De modo que en el dominio interaccional se revelan las múltiples articulaciones entre los agentes sociales que dinamizan el espacio relacional.

La figura de espacio relacional permite identificar, en este sentido, el ejercicio de los poderes y de los posicionamientos de “entidades” o de representaciones sociales —Estado, empresa, wayuu— a través de las interacciones, procesos comunicacionales y negociaciones instrumentales y simbólicas de sus múltiples agentes o delegados diferentes y heterogéneos. Aquí, interesan principalmente los proyectos

estos se complementan con los espacios señalados por Soja en su lectura sobre la producción del espacio de Lefebvre (1991).

y los intereses de los agentes, sus conocimientos, sus competencias y saber-hacer, así como el uso que ellos hacen del “poder” de la entidad a la que representan o de la cual son delegados. Por ejemplo, es en este dominio en donde se evidencian las tensiones que vive el líder entre sus propios intereses como competidor político en las estructuras de autoridad wayuu y la delegación que las comunidades han hecho para que lleve la vocería de intereses comunes ante la fundación minera.

En efecto, la negociación de ideas, visiones y teorías, de planes, valores e intereses, y de discursos y prácticas, posible en el espacio relacional, relaciona de manera simbólica y política a los actores. En consecuencia, en este dominio se *sitúan* las estrategias para la reproducción de ellos mismos —el mantenimiento de la viabilidad del proyecto minero y la sobrevivencia del pueblo wayuu—. ¹⁵ En este punto, vale la pena ilustrar por lo menos un ejemplo en el que se revelan estas estrategias: por parte de los wayuu la producción de líderes intermediarios entre el proyecto minero y las comunidades vecinas ha permitido continuar la competencia política y económica entre hombres que se disputan el prestigio y el estatus al interior de sus parentelas gracias a la movilidad social que les permite el ejercicio del liderazgo, en ausencia de los medios tradicionales como la acumulación de animales. Por el lado de la empresa, sus empleados favorecieron alianzas de tipo clientelista e incluso padrinzagos que promovieron relaciones de fidelidad entre algunas parentelas y el proyecto minero, garantizando la seguridad del proyecto minero en los territorios ocupados por dichas parentelas.

Escalas de operación del espacio relacional

Adicionalmente a aquellos dominios de operación, el espacio relacional me remitió a diferentes escalas espaciales (Revel, 1996). Los hechos relacionales tienen alcance sobre y reciben influencia de lo global, lo internacional, lo nacional, lo regional, lo local (lo comunitario e incluso lo parental entre los wayuu). ¹⁶ Este enfoque reconoce la carga histórica, el dinamismo y la situacionalidad de las fuerzas de poder, de las lógicas, discursos y prácticas que operan en las diferentes escalas. Por una parte, la escala global y estructurante ¹⁷ determina el posicionamiento de los actores en función de las fuerzas de poder obtenidas de las tendencias económicas, geopolíticas e ideológicas del sistema mundial. En esta escala pueden ubicarse el capitalismo como

15 Cuando digo *situar*, me refiero a que allí toman *lugar* las estrategias de reproducción y las prácticas y lógicas mediante las cuales los agentes gestionan su visión de futuro. Remitirse a las definiciones de lugar desarrolladas más adelante (Agnew, 2007; Massey, 1994).

16 Todavía esta visión escalar tiene sus limitaciones por “fijar” la operacionalidad del espacio relacional en aparentes escalas distintas. Quisiera llamar la atención sobre la pertinencia de trascender la visión que separa las escalas para reconocer que dichas escalas están en constante superposición y correlación.

17 Para ver más sobre la definición de global en tanto “propiedades estructurantes” véase Friedman (2000b, 2007).

lo conocemos hoy y las hegemonías provenientes de las políticas de conocimiento y de las ideologías dominantes.

Por su parte, en la escala internacional se sitúan las geopolíticas de los Estados, de los capitales internacionales y de los organismos internacionales (Agnew, 2005). En esta escala se ubica la crisis energética de los años 70 y la presión por parte de Estados Unidos para que sus multinacionales pudieran ejecutar sus proyectos en Colombia.

La escala nacional se situó en los juegos de intereses gubernamentales, “civiles” y privados, en los roles históricos y de sus posibilidades (capitales) situacionales. En esta escala se llevó a cabo la negociación del contrato, la emisión de la Constitución Política de 1991, las continuas reformas del código de minas, y las reivindicaciones de los movimientos étnicos y ambientales. En resumen, en esta escala (aunque co-dependiente de las otras) se configuraron las políticas de reconocimiento frente a los indígenas y las políticas económicas que transformaron a Colombia en un país de vocación minera y extractiva.

Finalmente, la escala multilocal, en donde se sitúa lo comunitario y parental, se caracteriza por ser el campo de interacciones. Dicha escala es esencialmente experiencial, ella describe la realidad cotidiana en la cual se reflejan, pero también de donde provienen, las posibilidades por los actores de alcanzar sus objetivos e intereses, manteniendo siempre sus visiones del mundo.

Caracteres que toma el espacio relacional

Para completar la construcción de esta herramienta analítica aludiré a los caracteres o naturalezas que configuran dicho espacio. En efecto, en los hechos relacionales se conjugan aspectos económicos, jurídicos, políticos, y culturales que a su vez se relacionan con las escalas y las dimensiones. La noción de espacio de relacionamiento social que propongo no se descompone en campos, como lo hace Bourdieu, sino en caracteres que configuran su desarrollo, lo caracterizan y afectan de manera diferenciada las escalas espaciales y los dominios operacionales del espacio relacional. En primer lugar, este espacio tiene una naturaleza política por excelencia (ya mencionada antes), en la cual coexisten propiedades jurídicas. Por otra parte, es un espacio de reproducción cultural, en la medida en que se negocian representaciones, interpretaciones y visiones del mundo y del proyecto minero, o sea lo que he llamado interfaces de interacción (Arce y Fisher, 2003) ligadas, por ejemplo, a las nociones de desarrollo y bienestar, de otredad y de identidad. Es económico en la medida en que, finalmente, lo que circula en las relaciones entre los actores son recursos económicos y recursos naturales que mueven las dinámicas económicas.

El espacio relacional revela, principalmente, un giro político en las dinámicas históricas de articulación de los wayuu con procesos globales. Algunos wayuu trabajan en la mina como vigilantes y pocos han llegado a ser operarios. Solo unos cuantos han ocupado cargos administrativos, especialmente en las oficinas de relaciones con

la comunidad. Por esta razón no podía abordar las relaciones entre los wayuu y la multinacional, en términos laborales o suscribiéndome al análisis de una cadena de producción. Los wayuu no se integraron a la economía minera a través de su fuerza laboral, lo hicieron mediante otra fórmula, que también los vinculaba a la cadena de producción, pero de otra manera. En general no son mano de obra minera, pero sí consumidores y clientes, no del carbón del Cerrejón sino de sus ayudas para el desarrollo.

Por ello, en mis interpretaciones se evidenciaron las características fuertemente políticas de las relaciones entre la multinacional y los indígenas, por el proyecto que los primeros trataban de implementar, y que los segundos trataban de definir para sí mismos. Las relaciones humanas son obviamente políticas en el sentido en el que siempre habrá en ellas una lucha de fuerzas, sin embargo, había en éstas un matiz de carácter histórico, que me señalaba un giro en las estrategias activadas por los wayuu para interactuar y para integrarse a una economía minera de enclave. El hecho de que los wayuu no se integraran en tanto mano de obra, es a mi parecer fundador de un tipo de relacionamiento particular. En efecto, los wayuu siguieron una ruta política de reivindicaciones, de tipo étnico principalmente, y no ligadas a una posición de clase. Los wayuu hicieron que sus estrategias se modificaran por un giro político, conectándose a la “fase política” de la globalización económica (Agnew, 2001).

Debe ser claro hasta aquí que los dominios, escalas y caracteres, descritos anteriormente, se superponen y se influyen mutuamente. En tal sentido, el espacio relacional es profundamente situacional, circunstancial y coyuntural, al mismo tiempo que es histórico y relativo. Por ello, el enfoque busca ser dinámico para dar cuenta de la evolución de los intereses, estrategias y posiciones de los protagonistas y de las dinámicas del dominio relacional.

En el espacio relacional interactúan los agentes sociales, interpretando lo que pasa allí en función de sus propias representaciones del mundo, sus propias experiencias, territorialidades y geopolíticas, las cuales se revelan en sus discursos y prácticas o en sus comportamientos, modificando continuamente el espacio de las relaciones. Este espacio relacional es influenciado igualmente por la historia de la relación entre los agentes sociales, por sus propias historias y sus temporalidades —esas de la acción, la reacción y la historia del posicionamiento de cada uno de los actores—. ¹⁸ El espacio es también situacional, pues ha sido creado a partir de la implantación del proyecto minero en la Guajira en sus diferentes momentos: la negociación del contrato entre la multinacional Intercor y el Estado colombiano, la construcción de la infraestructura minera en la Guajira y la configuración de la vecindad y la coexistencia entre la mina y los vecinos wayuu. ¹⁹

18 Siguiendo a Abélès en su llamado a tener en cuenta lo que constituye el campo político (Abélès, 1992: 20).

19 Véase la noción de coexistencia de Massey (1999), la cual es relativa a la multiplicidad, la interrelación y, también, a la independencia de trayectorias y de narrativas. Para profundizar

Por ello, no fue posible hacer un recuento cronológico de la configuración de la vecindad entre el proyecto minero y las comunidades wayuu cercanas o afectadas. Fue necesario, al contrario, construir un relato mediante la caracterización de los dominios de operación del espacio relacional, las escalas en las cuales funcionaba y, finalmente, la naturaleza de las relaciones que produjeron los actores.²⁰

En tanto *espacio*, esta figura analítica permite subrayar igualmente su naturaleza espacial, tanto en el ámbito físico como simbólico. Por una parte, el espacio relacional se inscribe en unos territorios, es decir, siguiendo a Massey, en los espacios geográficos en donde las relaciones sociales se expanden y en donde se construyen los sentidos múltiples de lugar;²¹ o más específicamente, en un lugar (en el sentido que le da Agnew, 2007). Esto es, el proyecto minero se sitúa en Media Luna, Barrancas, Albania, el resguardo de Provincial, etc. Por otra parte, el espacio relacional se inscribe en espacios que trascienden la geografía de la península: las sedes de la multinacional en Bogotá, Barranquilla y Estados Unidos, Carbocol en Bogotá, entre otros.

Para distinguir mejor las escalas del espacio relacional, diré que las relaciones entre los actores se establecen en un espacio no necesariamente geográfico, pero las interacciones entre los individuos que representan esos actores se dan en el territorio geográfico y en el lugar²² y están marcadas por el vínculo territorial, contrariamente a las primeras que pertenecen al marco de las representaciones, de las condiciones globales y de la geopolítica.

Retomando, en parte, la relación clásica establecida por Abélès entre política y territorio, propongo considerar el territorio tanto como el receptáculo o contenedor de las interacciones entre los actores como el objeto que se encuentra en el origen del vínculo político activado por el proyecto minero (Abélès, 1986, 1988 y 1992) y, por ello, construido socialmente. El territorio es entonces uno de los ejes del espacio relacional tanto de las prácticas geopolíticas activadas por los actores como de los discursos reivindicativos indígenas.²³

El proyecto del Cerrejón se instala en un momento de transición en el cual se aceleró la globalización económica, que ponía en duda las soberanías estatales y que

más en cada uno de los momentos del proyecto minero como espacio relacional, véase Puerta Silva (2009).

20 Para saber más, cf. Puerta Silva (2009).

21 “Sentidos del lugar”. En la perspectiva de esta autora: “Instead then, of thinking of places as areas with boundaries around, they can be imagined as articulated moments in networks of social relations and understandings” (Massey, 1994).

22 Lo que llamaría Lefebvre el tercer espacio, el espacio vivido (Soja, 1996).

23 En este caso particular, una de las estrategias activadas por los wayuu fue exigir la titulación de *resguardos*, al mismo tiempo que el Estado redefinía las divisiones político-administrativas de la península. La empresa por su parte había definido igualmente sus jurisdicciones: zonas de retiro, rutas de repartición de agua, lugares de inversión productiva, etc.

creaba nuevos territorios estratégicos desde el punto de vista de los actores globales más poderosos. Así, al mismo tiempo que aparecían procesos globales económicos dominantes, se producían también procesos políticos locales fuertes y variados.²⁴ Para Agnew (2001) se trata de la fase política de esta nueva “gran transformación” que es la globalización económica. De modo que la geopolítica de la economía global estaba en juego, como también las múltiples respuestas de las sociedades que la confrontan o que se adaptan, cuyas características dependían de sus propias geopolíticas y políticas de existencia. Después del “traumatismo vital” —territorial, cultural y económico— que sufrieron durante la construcción del complejo minero, los wayuu hicieron de su identidad, en parte anclada a su territorio ancestral, el eje de sus demandas y reivindicaciones frente al Estado, pero particularmente hacia la empresa multinacional.

El “traumatismo vital”, esta gran transformación de las condiciones locales de existencia wayuu está fundamentada en una delegación de poder por parte del Estado hacia la empresa. Sin embargo, las lógicas bajo las cuales se reprodujeron estos efectos en el espacio relacional se encuentran profundamente vinculadas con la relación que los wayuu mantenían con el Estado (como entidad abstracta) y con los gobiernos (personificación de esta entidad), así como también se vinculan con sus territorialidades, con su innegable anterioridad al proyecto,²⁵ pero esencialmente con la fuerza normativa e institucionalizante de sus lógicas y prácticas sociales.²⁶

En el espacio relacional fueron necesarias intermediaciones de dos tipos: por un lado, la intermediación en las interacciones, esto es, los puentes entre los diferentes actores, los cuales fueron asumidos por intermediarios y líderes mestizos e indígenas. Por otro lado, el espacio relacional exigió interfaces de comprensión, lo que he llamado campos de legibilidad o de representación negociada. Estos campos, propongo, estarían constituidos por las ideas y prácticas del desarrollo, movilizadas por todos los actores y que permiten la utilización de léxicos y comportamientos aparentemente “comprensibles” para todos, pero que generan ineludiblemente tensiones, resultado de los matices y contenidos diferenciales. Esta diferencialidad se relaciona en parte con las condiciones estructurantes o propiedades estructurales del espacio relacional. Los intermediarios son quienes movilizaron y dinamizaron, en primer lugar, dichos campos de representación.

24 Las estrategias y lógicas culturales activadas local y regionalmente se relacionan con procesos de la economía global en la que se reproducen espacios de identidad que se mantienen entre la modernidad y la postmodernidad, el tradicionalismo y el primitivismo (Friedman, 1996b).

25 Todavía en la actualidad, la referencia a la ancestralidad y a la anterioridad territorial obliga a la empresa a negociar compensaciones e indemnizaciones con las poblaciones vecinas del complejo minero.

26 Aunque están vinculados al sistema mundial, los wayuu mantienen sus formas de reproducción basadas en el parentesco y la comunidad, es decir, mantienen sus estructuras locales de reproducción, aunque estén articuladas a un sistema más amplio (Friedman, 1996b).

Asumiendo el proyecto minero como espacio relacional tuve que preguntarme por las intermediaciones y las representaciones delegadas activadas entre los actores. Por un lado, ya había comprendido que no eran la mina, la multinacional, el Estado, los wayuu, quienes interactuaban. En el ámbito experiencial había unos agentes sociales en contacto continuo y cotidiano. Por otro lado, estos intermediarios movilizaban representaciones sociales, es decir, visiones y construcciones sobre el otro, sobre el proyecto minero y, especialmente, sobre el futuro en términos de desarrollo, es decir, se interconectaban mediante interfaces de comprensión.

Los intermediarios: representantes de los wayuu, la multinacional y el Estado

En las relaciones entre empresa y pueblo indígena primó una intermediación individual, más que una intermediación representativa mediante un actor colectivo. Esto se debe no solamente a las estructuras organizativas y sociales propias de los wayuu, que desfavorece la conformación de colectividades para la representación política, sino también porque a pesar de que desde los años 80 los movimientos étnicos e indígenas estaban ganando terreno político, se dio un giro hacia la individualización de la relación con los Estados y con otros actores hegemónicos como las agencias de desarrollo. De una promoción de la organización política colectiva se pasó al favorecimiento de formas más individualizadas de interacción.

De manera que fue privilegiada la intermediación individual (representantes de conjuntos de parentelas y aliados). Los intermediarios, sin embargo, no se limitaron a ser solo mensajeros o *passeurs*, ellos se especializaron y perfeccionaron sus prácticas y discursos, influyendo, e incluso, decidiendo sobre el devenir de sus comunidades. Lo hicieron, no a través de un proceso organizativo homogéneo y conscientemente colectivo, sino individualmente, compartiendo, con otros individuos, discursos reivindicatorios y participando de campos comunes de acción política y económica.

Los datos me hablaban de los individuos wayuu que habían acompañado a los empleados de la mina a hacer las negociaciones de las tierras. Los testimonios les atribuían a estos personajes parte de la “culpa” de lo que había pasado, especialmente, de la pérdida territorial. Hablaban de las alianzas, de las prebendas y de los privilegios de los que gozaron estas mujeres y hombres. Quise ir más allá de la idea de unos mestizos oportunistas que, sin ningún vínculo afectivo con las comunidades wayuu, se habían prestado a los intereses de la empresa. Poco a poco descubrí que en la historia de los wayuu siempre habían existido los *corredores*: intermediarios que hacían de puente entre la sociedad alijuna y la indígena (Guerra Curvelo, 2002). Estos corredores aparecían frecuentemente en los relatos sobre las épocas electorales, el comercio y la presencia estatal en la Guajira. La curiosidad de saber quiénes eran aquellos mestizos y qué representaban en la organización sociopolítica wayuu, me llevó a trazar una continuidad en la intermediación como un mecanismo de re-

producción socioétnica. La pregunta por la movilización colectiva política también surgió con fuerza por dos razones: la primera, porque para algunos la ausencia de organizaciones centralizadas era la razón principal para que los wayuu no se hubieran movilizado contra la empresa o, en otras palabras, su “falta” de organización era la causa de los desventajosos acuerdos a los que habían llegado por las tierras y otras compensaciones. La segunda era la referencia obligada a Yanama, una organización wayuu contemporánea del proyecto minero, que tuvo una injerencia importante en la definición de los programas sociales para indígenas. Yanama se distanció fuertemente del proyecto minero y, desde entonces, la movilización colectiva ha sido más bien débil y coyuntural.

No había antecedentes en la historia wayuu de una representación política colectiva; de hecho, la literatura señalaba la ausencia de toda organización centralizada de autoridad y representación política. Pocos eventos ocasionaron una movilización que involucrara al pueblo wayuu en su totalidad o a un buen sector del mismo. En efecto, adentrarme en la forma de operación de la micropolítica wayuu, me permitió identificar que las dinámicas de competencia y jerarquización, y el oportunismo inherente a ellas (necesidad de acudir a formas de aumentar riqueza y prestigio), son fundamentales para comprender las fracturas que sufrieron y que aún sufren las movilizaciones colectivas wayuu.²⁷

En cualquier caso, el proyecto minero y su espacio relacional exigieron procesos de intermediación a partir de los cuales puede darse cuenta de la reconfiguración de la organización política wayuu, mediante la transformación y reacomodación de sus dinámicas y estructuras micropolíticas: cambios en las relaciones de poder y el surgimiento de nuevas representaciones y delegaciones, fueron algunos de los cambios. Los intermediarios que en un principio actuaban como facilitadores y traductores de los encuentros entre los empleados de la empresa y los *alaula* o autoridades mayores de las comunidades, fueron convirtiéndose paulatinamente en líderes y dirigentes, representantes comunitarios en los asuntos externos de los resguardos y parentelas. Ellos ya contaban con un lugar en las estructuras sociopolíticas, pero gracias a su conocimiento y capacidades para alcanzar un acceso privilegiado a los recursos de desarrollo o intervención social de la empresa, los intermediarios pudieron participar en las dinámicas internas de competencia política que mantienen las jerarquías sociales y la movilidad social wayuu. Comenzaron a influir en las decisiones internas de sus linajes y, a veces, de conjuntos de linajes que habitan en vecindades territoriales. Ellos, “delegados” por y en *representación* de las comunidades, negociaron ideas y planes con la empresa y el Estado; fueron construyendo su propia visión del proyecto minero y sus discursos y prácticas de negociación. Por ello, la inter-

27 Para este tema utilicé ampliamente los censos, genogramas y cartografías sociales que levanté en campo y que fueron mencionados antes en este artículo.

mediación es un eje fundamental para comprender la articulación de esta sociedad con el proyecto minero.

De hecho, en ausencia de un interlocutor colectivo las empresas crearon las fundaciones mineras como su mecanismo para formalizar las relaciones, para pasar de interacciones individuales a interacciones más organizadas y generales, o más bien, interacciones menos íntimas y afectivas. Con esto no desaparecieron las intermediaciones individuales, al contrario, a raíz de la formalización de las relaciones, mediante convenios de inversión y cooperación, los intermediarios wayuu aprendieron y asumieron una lógica diferente y unas prácticas más institucionalizadas como la participación social y democrática, la cooperación, la cofinanciación.

Ahora bien, en un trabajo más amplio traté de demostrar cómo el proyecto minero, como espacio de negociaciones, fue el campo de “entrenamiento” para los intermediarios que se especializaron en la “gestión focalizada” de proyectos, especialmente en el ámbito de lo que hoy conocemos como *desarrollo* (Puerta Silva, 2009). El proyecto los conectó con tendencias globales de nuevos espacios políticos reivindicativos étnicos. En este sentido, gracias al Cerrejón los wayuu se prepararon para las políticas de apertura multicultural, descentralización, modernización y democratización del Estado colombiano en los 90. En efecto, el marco de los derechos diferenciados y llamados de “discriminación positiva”, desarrollado en la última década del siglo xx, modernizó y le dio fuerza jurídica a los discursos reivindicativos de “merecimiento” de compensaciones por las afectaciones sufridas a causa del proyecto minero.

El liderazgo, sin embargo, es tan frágil como los cacicazgos descritos por los españoles durante la colonia. La autoridad se pierde cuando se pierde prestigio y riqueza; la proliferación de líderes tiene que ver mucho con la micropolítica wayuu. Es así como el liderazgo que ha sido catalogado como adopción de las maneras políticas locales —“occidentalización” y la pérdida de las tradiciones de los líderes— propongo verlo como una forma contemporánea de movilidad social²⁸ o de posicionamiento en las jerarquías sociales wayuu. De hecho, ante la ausencia de fuentes tradicionales de autoridad, el liderazgo político ligado a la gestión del desarrollo es una fuente, desde entonces, muy apetecida y competida. La etnicización de los líderes mestizos puede ser leída como una instrumentalización de la identidad pero es, al mismo tiempo, una forma de adquirir capital —bajo nuevas condiciones— para ejercer la intermediación, ya no solamente con la multinacional,

28 “Por movilidad se entiende todo trayecto logrado en el espacio social por parte de individuos aislados o constituyentes de grupos [esta noción] remite en su principio al sistema de relaciones que une los actores y el sistema social; los comportamientos regidos por los valores de los primeros, sus estrategias, en función de su apreciación de las circunstancias, interactúan allí con la estructura social inscribiéndose en su jerarquía compleja [...] de esta estructura surgen las diferencias que son resultado de las desigualdades sociales” (Weiss, 1986: p. 8). Traducción mía del francés.

sino también con el Estado. Según Rappaport y Dover, los líderes vincularían así sus obligaciones sociales y culturales tradicionales con la necesidad de participar en las arenas políticas locales y nacionales. Elaborarían un “producto étnico” que, además de servir de capital político, “conecta el gozo de derechos indígenas específicos con una cultura basada culturalmente y con un mandato social que ellos mismos definen” (Rappaport y Dover, 1996: 27).

Por ello, algunos han establecido que en la lógica de los liderazgos locales podrían distinguirse dos momentos: uno, cuando este liderazgo se revela en las prácticas criollas de naturaleza clientelista, y el segundo, cuando este liderazgo hace uso de la etnicidad (véase Gros, 1991 y 2000). En cualquiera de los dos casos, el liderazgo es una forma de movilidad social que gana en importancia y protagonismo durante los años 80 y 90; pero también el liderazgo es el mecanismo privilegiado en las relaciones entre la sociedad y el Estado, en ausencia de la posibilidad de que los ciudadanos establezcan vínculos directos con el Estado.

En este sentido, el proyecto minero contribuyó a estas nuevas lógicas del liderazgo político local, por un lado, fortaleciendo una clase social, la de los corredores e intermediarios, y por otro, promoviendo discursos con fuerte énfasis cultural que terminaron por configurar una política identitaria wayuu. A pesar de la ausencia —imposibilidad— de organización política centralizada y la proliferación y movilidad de los líderes, argumento, no obstante, la producción de una política de reivindicación identitaria, la cual, desde mi perspectiva, es el resultado del uso compartido por parte de los líderes de discursos y prácticas reivindicatorias que perfilan un movimiento colectivo, que no se institucionalizan en una organización (excepto por Yanama en los 80), pero sí lo hacen en el ejercicio del liderazgo. Estos discursos y prácticas compartidos provienen de un campo de representaciones construido por el liderazgo indígena sobre quiénes son los wayuu: qué quieren del proyecto minero, del Estado y de la sociedad colombiana, y cómo ven su futuro.

Interfaces: Las representaciones sobre el otro y sobre el desarrollo

Además de la intermediación ejercida por parte de líderes indígenas y fundaciones mineras, me pregunté por los campos de representación común que soportaban las intermediaciones, pues no cabía duda de que no se trataba de meras relaciones instrumentales, transacciones de recursos y favoritismos, sino que los intermediarios estaban negociando algo más. Como creo, los imaginarios y estereotipos, o las ideas y teorías sobre el otro se quedarían solamente en imágenes si no tuvieran efectos sobre la vida de ese otro. Propongo que en la Guajira, todas estas representaciones sobre el “otro” y sobre “sí mismo” estuvieron atravesadas fundamentalmente por tres ideas: merecimiento/reconocimiento, compensación/responsabilidad social e identidad/desarrollo. De modo que distinguí entre los campos de representación

principales: las políticas de reconocimiento, las políticas de identidad y las visiones sobre el desarrollo.

En el espacio relacional se configuraron, por un lado, las *políticas de reconocimiento*. La empresa definió interlocutores válidos y comunidades merecedoras de compensaciones e indemnizaciones, reubicaciones, ayudas voluntarias o programas sociales. El efecto más importante de estas políticas fue el reconocimiento o desconocimiento de la indianidad de comunidades enteras. De esta manera el proyecto construyó sus interlocutores ideales.²⁹ Como consecuencia del trato y el acceso diferenciado a los recursos ofrecidos por la empresa por parte de los intermediarios wayuu, se intensificaron, finalizaron o iniciaron dinámicas wayuu de competencia y faccionalismo por prestigio y riqueza, jerarquización entre los individuos y las parentelas wayuu, teniendo un efecto directo en la micropolítica indígena. Las teorías que configuraron los criterios de “responsabilidad social” operaron como políticas de reconocimiento, pues determinaron el tipo de relaciones posibles con el proyecto minero, durante casi veinte años.

Por otro lado, los líderes wayuu desarrollaron *políticas de identidad o de reivindicación identitaria* como estrategia y práctica de negociación en el espacio relacional del proyecto minero. La instalación del proyecto minero coincidió con un contexto favorable a las reivindicaciones étnicas, lo que les permitió acceder a recursos económicos de la multinacional (programas de inversión social) y, también, fortalecer sus estrategias políticas de interacción con el Estado. Los elementos centrales en los discursos reivindicativos en los que se recrea la identidad étnica como operador central son, a mi modo de ver, el derecho al territorio, el derecho a la organización sociopolítica propia y el derecho a la autonomía del desarrollo.

Las teorías que configuraron las políticas de reconocimiento y las políticas de identidad en este espacio relacional versaron principalmente sobre 1) los derechos sobre el territorio; 2) el reconocimiento de la indianidad —etnicidad— y de la condición de comunidad —tratamiento colectivo del problema y mantenimiento de las redes sociales—; 3) la legitimación de representantes o voceros —organización política representativa, intermediarios, delegados, representantes, líderes—, y 4) la “concesión” de niveles de autonomía para la definición de aspiraciones de futuro en relación con la noción de desarrollo, es decir las visiones locales sobre lo “ideal” en el marco del desarrollo.

Dichas visiones configuraron lo que reconocí como una interfaz de comprensión: el desarrollo. Ya Sachs había anunciado que:

[...] aunque el desarrollo no tiene contenido, posee una función: permite que cualquier intervención sea santificada en nombre de un objetivo superior. En consecuencia aun los enemigos se sienten unidos bajo la misma bandera. El término crea una base común, un

29 Golub (2006) en su caso de Papua Nueva Guinea lleva mucho más allá este argumento.

terreno sobre el cual libran sus batallas la derecha y la izquierda, las élites y los movimientos de base (Sachs, 1996: 5).

No hay otro molde mental que evidencie tan tajantemente la percepción de sí mismo y del otro (Esteva, 1996).³⁰ Tal vez el elemento central de las políticas reivindicativas de los wayuu sea la exigencia del derecho al “desarrollo”, al mismo tiempo que se activa un proceso de (re)formulación de los fines del *desarrollo*. Todavía echan mano de un “discurso incapacitante”³¹ como es el del desarrollo, y en muchos casos, se ven atrapados en esa búsqueda desesperada de salir del subdesarrollo.

Aunque el desarrollo “convirtió la historia en programa: un destino necesario e inevitable” (Esteva, 1996: 56) y es un campo de representaciones que posiciona los actores y les da un rol, lo que vi en la Guajira me hizo pensar en las posibilidades de salir del análisis del poder hacia el análisis de la gestión.

Aunque la ideología convencional del desarrollo continúa siendo hegemónica, los pueblos y personas tienen en sus prácticas más de margen de maniobra para configurar su propio *desarrollo*. En efecto, las prácticas indígenas del desarrollo no coinciden con las esperadas por las fundaciones del desarrollo. Lo que quedó claro de los testimonios es que todos hablan de desarrollo, todos entienden más o menos de lo que se trata, pero todos ven sus finalidades de manera particular. El desarrollo en la práctica podrá ser leído en las circunstancias de quien lo habla. Tiene la finalidad de garantizar vivir bien, pero ¿qué es vivir bien?

Aunque todos hablaban del desarrollo como si no hubiera necesidad de definir de qué se trata y qué idea de futuro contiene, a partir de mi estudio encontré que la noción servía discursivamente para situarse en un campo de legibilidad con el otro, pero difería enormemente del fin que dicho desarrollo tenía en la práctica de los actores.

A modo de conclusión: las negociaciones de otras teleologías del desarrollo

El desarrollo es un concepto resbaladizo, pero un concepto con fuerza hegemónica. El proyecto minero fue presentado por los medios y el gobierno nacional como el desarrollo para la Guajira, el desarrollo para los wayuu. Desarrollo era equivalente en los medios de los años 80 de empleo, carreteras, aumento del PIB,

30 “El subdesarrollo comenzó, por tanto, el 20 de enero de 1949. Ese día, dos mil millones de personas se volvieron subdesarrolladas. En realidad, desde entonces dejaron de ser lo que eran, en toda su diversidad, y se convirtieron en un espejo invertido de la realidad de otros: un espejo que los desprecia y los envía al final de la cola, un espejo que reduce la definición de su identidad, la de una mayoría heterogénea y diversa, a los términos de una minoría pequeña y homogeneizante” (Esteva, 1996: 53).

31 Término de Sachs (1996: 6).

el tren más largo de América Latina, la mina más grande del mundo, tecnología de punta, ayudas voluntarias para la comunidad... El “desarrollo” fue la justificación misma del proyecto minero.

Los wayuu no se resistieron al “desarrollo”, ni se resisten hoy —aunque algunos de sus discursos actuales son tradicionalistas—; pero en sus proyecciones de vida futura reinterpretaron los propósitos del desarrollo. Comenzaron a construir una forma de gestionar el futuro teniendo en cuenta las condiciones de existencia transformadas y ofrecidas por el proyecto minero sin, por lo tanto, renunciar al desarrollo: por lo menos no al discurso del desarrollo. Por ejemplo, cofinancian con la fundación minera un acueducto y la construcción de jagüeyes que les permite un acceso de agua, no solamente para las personas, sino como objetivo primordial, un acceso de agua para los animales en la ausencia de zonas de pastoreo por fuera del resguardo.

El desarrollo se ha constituido paulatinamente en una ideología hegemónica que podría convertirse en un campo de representaciones legibles para actores tan diversos como una multinacional minera y un pueblo indígena si se comprendiera en los términos de teorías y prácticas de *gestión del futuro* que finalmente garantizan los ejes de la reproducción socioétnica wayuu.³²

Aunque fue posible detectar en ocasiones la articulación de contenidos con miras a expresar argumentaciones de fuerza política, la mayor parte de las ocasiones en el terreno se encuentra la utilización reiterativa de léxicos que forman parte de los campos dominantes de representaciones sociales, sin necesariamente movilizar una intención más allá de generar vínculos legibles. Propuse reconocer la construcción de un discurso común entre los líderes y, en este sentido, de un movimiento contrahegemónico a través de reivindicaciones compartidas, a las que se integran los múltiples intereses individuales y cuyos efectos tienen variados alcances. Estos discursos son, finalmente, una traducción de las necesidades de las comunidades, es decir, un anclaje de las ideas hegemónicas de desarrollo, la recontextualización de materialidades que resuelven no solamente la reproducción del pueblo wayuu como tal, sino también su articulación e integración actualizada a la “modernidad”, representada en parte por el proyecto minero.

Los instrumentos discursivos wayuu tienen que ver con dos nociones centrales que guían las prácticas de negociación de sus agentes en el espacio relacional del proyecto minero: primero, el merecimiento de compensaciones por los impactos negativos de los efectos de la minería y por la ocupación territorio ancestral; el segundo, el derecho a la reproducción de su etnicidad a través de dos procesos paralelos e imbricados: por un lado, el reconocimiento y aceptación de su diferencia cultural, de su identidad wayuu revelada en prácticas sociales y políticas específicas

32 Idea inspirada de la noción de “concepción política de identidad” desarrollada por Escobar y Paulson (2005), la cual tiene que ver con el encuentro de las comunidades negras con la modernidad (p. 266).

—micropolítica y eventos sociales de afirmación de la pertenencia étnica—; y por otro lado, la autonomía para decidir y definir sobre su futuro y su articulación con la sociedad colombiana mediante un desarrollo propio. Es decir, la ancestralidad, la precedencia a la nación colombiana, haría mercedores a los wayuu del derecho a “utilizar” los medios materiales a los que todo ciudadano colombiano tiene, de una manera cultural acorde a su modo de vida y sus visiones del futuro.

Es así como los discursos de indemnización e integración pasaron a ser discursos más afinados alrededor de compensación étnica y articulación autónoma, mientras que los de la multinacional y el Estado pasaron de ser asistencialistas (dirigidos a la asimilación de personas sin ciudadanía), a ser democráticos y facilitadores de la autonomía corresponsable de ciudadanos-indígenas y sujetos políticos diferenciados.³³

A diferencia de otros mecanismos de articulación utilizados históricamente por los wayuu —el poderío económico y territorial—, se valieron frente al proyecto minero de su identidad cultural, de su etnicidad, de su participación en el desarrollo.³⁴ Fue a través de la reproducción y fortalecimiento de una *política de reivindicación identitaria* y de la *reformulación de la teleología de los programas de desarrollo*, que los wayuu finalmente se articularon al proyecto minero sin, por tanto, subyugarse enteramente a su inevitabilidad que durará por lo menos otros 30 años.

A raíz del proyecto minero, los wayuu comenzaron a participar de un campo político hasta entonces ajeno a sus dinámicas socioétnicas. Su historia se transformó fundamentalmente y ahora dependen de la eficacia de su política identitaria para sobrevivir como pueblo. Su política identitaria ya no puede centrarse solamente en la reivindicación de su condición étnica, ni en los derechos que por ella el Estado les ha reconocido. Dicha política tendrá que incluir necesariamente una geopolítica clara de aseguramiento y protección de sus territorios, y unas prácticas políticas que les permitan utilizar léxicos legibles para movilizar contenidos a su favor, contenidos que sustenten su articulación con el desarrollo, desde su propias lógicas y prácticas de gestión de futuro, en particular con los proyectos energéticos que hoy por hoy dominan la atención nacional y mundial sobre la Guajira.

33 En este sentido, algunas empresas mineras se han involucrado paulatinamente en organizaciones internacionales que les permiten comprometerse con estándares de responsabilidad ambiental y social que acercan los proyectos mineros y extractivos a la idea de desarrollo sostenible. Gracias a estas asociaciones y consejos de multinacionales y otras organizaciones civiles, las empresas han incorporado modelajes de relacionamiento con las comunidades locales. Términos como gestión, gestión de conflictos, metodologías participativas, *stakeholders*, responsabilidad social y ambiental, *accountability* son comunes en esta tendencia. Agradezco la sugerencia de un(a) evaluador(a) de hacer una nota al respecto y por la referencia a algunas organizaciones que han avanzado a este respecto: Energy Sector Management Assistance Programme (ESMAP), Banco Mundial, Internacional Council on Mining & Metals (ICMM).

34 Por supuesto que el dominio territorial y cierta autonomía económica son capital simbólico en dicho campo, pero su incidencia no fue la misma que en los siglos anteriores.

Referencias bibliográficas

- Abélès, Marc (1997). La antropología política: nuevos objetivos, nuevos objetos [En línea:] *Revista internacional de ciencias sociales*, 153. <http://www.unesco.org/issj/rics153/abelespa.html#maart>. Consultado el 18/08/2004.
- _____ (1992). “Anthropologie politique de la modernité”. En: *L’Homme*, N.º 121, pp. 15-30.
- _____ (1988). “Anthropologie des espaces politiques français”. En: *Revue française de science politique*, Vol. 38, N.º 5, pp. 807-817.
- _____ (1986). “L’Anthropologue et le politique”. En: *L’Homme*, Vol. 26, N.º 97, pp. 191-212.
- Agnew, John (2007). “Know-Where: Geographies of Knowledge of World Politics”. En: *International Political Sociology* N.º 1, pp. 138-148.
- _____ (2005). *Geopolítica: una re-visión de la política mundial*. Trama Editorial, Madrid.
- _____ (2001). “The new global economy: time-space compression, geopolitics, and global uneven development”. En: *Journal of World-systems research*, Vol. 7, N.º 2, pp. 133-154.
- Almeida, Alfredo; Wagner Berno, Carvalho; Martins, Cynthia y Shiraiishi, J. (2005). *Guerra ecológica nos Babaçuais*. Editoração Lithograf, Sao Luis.
- Arce, Alberto y Fisher, Eleanor (2003). “Knowledge interfaces and practices of negotiation: cases from a women’s group in Bolivia and an oil refinery in Wales”. En Pottier, Johan, Alan Bicker y Paul Sillitoe (eds.). *Negotiating local knowledge: power and identity in development*. Pluto Press, London, pp. 74-97.
- Barth, Fredrik ([1969] 1976). “Introducción (Lugo Rendón, Sergio, Trans.)”. En Barth, Fredrik (ed.). *Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales*. Fondo de Cultura Económica, México, pp. 9-49.
- Bourdieu, Pierre (1994). *Raisons pratiques. Sur la théorie de l’action*. Éditions du Seuil, Paris.
- _____ (1984). “Espace social et genèse des ‘classes’”. En: *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, N.º 52-53, pp. 3-14.
- Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loïc ([1992] 2005). *Una invitación a la sociología reflexiva* (Dilon, Ariel, Trans. 1.ª ed.). Siglo XXI Editores, Buenos Aires.
- Condon, John C. y Yousef, Fathi S. ([1975] 1976). *An introduction to intercultural communication*. The Bobbs-Merrill, Inc., Indianapolis.
- Dahou, Tarik (2004). *Entre parenté et politique. Développement et clientélisme dans le Delta du Sénégal*. Éditions Karthala, Paris.
- Escobar, Arturo (1999). *El final del salvaje. Naturaleza, cultura y política en la antropología contemporánea*. Instituto colombiano de Antropología/Cerec, Bogotá.
- _____ (1996). *La invención del tercer mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Editorial Norma S. A., Santafé de Bogotá.
- Escobar, Arturo y Boulianne, Manon (2005). “Développer autrement, construire un autre monde ou sortir de la modernité? (Entretien)”. En: *Anthropologie et Sociétés*, Vol. 29, N.º 3, pp. 139-150.
- Escobar, Arturo y Paulson, Susan (2005). “The emergence of collective ethnic identities and alternative political ecologies in the Colombian pacific reforested”. En Paulson, Susan y Gezon, Lisa L. (eds.), *Political ecology across spaces, scales and social groups*. Rutgers University Press, New Jersey, pp. 257-277.
- Esteve, Gustavo ([1992] 1996). “Desarrollo”. En Sachs, Wolfgang (ed.), *Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*. PRATEC Proyecto Andino de Tecnologías Campesinas, Lima, pp. 52-78.

- Ferguson, James (2005). "Seeing like an oil company: space, security, and global capital in neoliberal Africa". En: *American Anthropologist*, Vol. 107, N.º 3, pp. 377-382.
- Friedman, Jonathan (2007). "Globalization". En: Nugent, David y Vincent, Joan (eds.), *A Companion To The Anthropology Of Politics*. Blackwell Publishing, London, pp. 179-197.
- _____ (2000a). "Concretizing the continuity argument in global systems analysis". En Denemark, Robert A., Friedman, Jonathan, Barry, K. Gills, et ál. (eds.), *World system history. The social science of long-term change*. Routledge, London.
- _____ (2000b). "Globalization, class and culture in global systems". En: *Journal of World-Systems research*, Vol. vi, N.º 3, pp. 636-656.
- _____ (1996a). *Cultural Identity & Global Process*. SAGE Publications, London.
- _____ (1996b). "Cultural logics of the global system". En: Friedman, Jonathan (ed.), *Cultural Identity & Global Process*. SAGE Publications, London, pp. 91-101.
- _____ (1996c). "Culture, identity and world process". En: Friedman, Jonathan (ed.), *Cultural Identity & Global Process*. SAGE Publications, London, pp. 78-90.
- _____ (1996d). Narcissism, roots and postmodernity. En Friedman, Jonathan (Ed.), *Cultural Identity & Global Process* (pp. 167-194). SAGE Publications, London.
- _____ (1996e). "Toward a global anthropology". En Friedman, Jonathan (ed.), *Cultural Identity & Global Process*. SAGE Publications, London, pp. 1-14.
- Gledhill, John (2000). *El poder y sus disfraces. Perspectivas antropológicas de la política*. Edicions Bellaterra, Barcelona.
- Golub, Alex (2006). *Making the Ipili feasible: imagining local and global actors at the Porgera gold mine, Enga Province, Papua New Guinea*. The University of Chicago, Chicago, Illinois.
- Gros, Christian (2000). *Políticas de la etnicidad: identidad, estado y modernidad*. Instituto colombiano de antropología e historia Icanh, Bogotá.
- _____ (1991). *Colombia Indígena. Identidad cultural y cambio social*. Fondo Editorial CEREC, Bogotá.
- Guerra Curvelo, Weidler (2002). *La disputa y la palabra. La ley en la sociedad wayuu*. Ministerio de Cultura, Bogotá.
- Gupta, Akhil (1995). "Blurred Boundaries: The Discourse of Corruption, the Culture of Politics, and the Imagined State". En: *American Ethnologist*, Vol. 22, N.º 2, pp. 375-402.
- Ladmiral, Jean-René y Lipiansky, Edmond Marc (1989). *La Communication Interculturelle*. Armand Colin Éditeur, Paris.
- Lefebvre, Henri ([1974] 1991). *The Production of Space* (Nicholson-Smith, Donald, Trans.). Blackwell, Cambridge.
- Marcus, George E. (1995). "Ethnography in/of the World System: The Emergence of Multi-Sited Ethnography". En: *Annual Review of Anthropology*, Vol. 24, pp. 95-117.
- Massey, Doreen (1999). "Spaces of politics". En Massey, Doreen, John Allen y Sarre Philip (eds.), *Human geography today*. Polity Press, Blackwell Publishers Inc., Cornwall, pp. 279-294.
- _____ (1994). *Space, Place and Gender*. University of Minnesota Press, Minneapolis.
- Massumi, Brian (2002). "Navigating movements". En Zournazi, Mary (ed.), *Hope: new philosophies for change*. Pluto Press Australia, Annandale, pp. 210-242.
- Montoya Arango, Vladimir (2007). "El mapa de lo invisible. Silencios y gramática del poder en la cartografía". En: *Universitas Humanística*, N.º 63, pp. 155-179.
- Pieterse, Edgar (2009). *African cities: grasping the unknowable*. Paper presented at the Inaugural Lecture, University of Cape Town.

- Pottier, Johan (2003). "Negotiating local knowledge: an introduction". En Pottier, Johan, Bicker, Alan y Sillitoe, Paul (eds.), *Negotiating local knowledge: power and identity in development*. Pluto Press, London, pp. 1- 29.
- Puerta Silva, Claudia (2009). *Les indiens wayuu et le projet minier du Cerrejón en Colombie: Stratégies et politiques de reconnaissance et d'identité*. Doctorat, École des Hautes Études en Sciences Sociales, Paris.
- Rappaport, Joanne y Dover, Robert VH. (1996). "The construction of difference by native legislators: assessing the impact of the Colombian Constitution of 1991". En: *Journal of Latin American Anthropology*, Vol. 1, N.º 2, pp. 22-45.
- Restrepo, Eduardo (2004). "Etnicidad sin garantías: contribuciones de Stuart Hall a los estudios de la etnicidad". En: Restrepo, Eduardo (ed.), *Teorías contemporáneas de la etnicidad. Stuart Hall y Michel Foucault*. Editorial Universidad del Cauca, Popayán, pp. 35-72.
- Revel, Jacques (ed.) (1996). *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience*. Hautes Études - Gallimard Le Seuil, Paris.
- Sachs, Wolfgang (ed.) ([1992] 1996). *Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*. PRATEC, Lima.
- Sousa de Santos, Boaventura (2003). *La caída del Angelus Novus: ensayos para una nueva teoría social y una nueva práctica política*. Instituto Latinoamericano de Servicios Legales Alternativos (ILSA), Bogotá.
- Soja, Edward W. (1996). *Thirdspace: Journeys to Los Angeles and Other Real-and-Imagined Places*. Blackwell Publishers, Oxford.
- Tsing, Anna (2000). "The global situation". En: *Cultural Anthropology*, Vol. 15, N.º 3, pp. 327-360.
- Wallerstein, Immanuel (1995). *Impenser la science sociale. Pour sortir du XIX^e siècle*. Presses Universitaires de France PUF, Paris.
- Weiss, Pierre (1986). *La mobilité sociale* (1 ed. Vol. 2266). Presses Universitaires de France, Paris.

Anexo. Recomendaciones bibliográficas

- Ardila Calderón, Gerardo (Ed.). (1990). *La Guajira*. Fondo FEN Colombia-Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Barrera Monroy, Eduardo. (2000). *Mestizaje, comercio y resistencia. La Guajira durante la segunda mitad del siglo XVIII*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia ICANH, Santafé de Bogotá.
- Correa C., Hernán Darío (Ed.). (2005). *Cuando la sal se corrompe... Wayuu, Estado y empresarios en las salinas de Manaure 1970-2004*. CEREC-Asociación Akuaipa Waimakat, Bogotá.
- De la Pedraja Tomán, René. (1981). "La Guajira en el siglo XIX: indígenas, contrabando y carbón". En: *Desarrollo y sociedad*, Vol. 6, No., pp. 329-359.
- _____ (1993). *Petróleo, electricidad, carbón y política en Colombia*. El Áncora Editores, Bogotá.
- Dover, Robert VH, Rincón, Marta, y Zapach, Marla. (1997). *Estudio: impacto sociocultural en los indígenas del sur de la Guajira, generado por la explotación minera del carbón*. Bogotá: Universidad de Alberta & Censat AguaViva. Echeverri, Jonathan. (2003). *Indígenas wayuu, Estado y compañías mineras: visibilidades en juego y espacios yuxtapuestos*. Trabajo de pregrado, Universidad de Antioquia, Medellín.

- Goulet, Jean-Guy (1981). "El universo social y religioso guajiro". En: *Revista Montalbán*, Vol. 11, pp. 3-458. Guerra Curvelo, Weildler (2002). *La disputa y la palabra. La ley en la sociedad wayuu*. Ministerio de Cultura, Bogotá.
- Matute Campuzano, Marta Isabel. (2003). *De matutes, corsarios y bajeles... ¡A pesar del Estado, La Guajira vive!* Trabajo de pregrado, Universidad de Antioquia, Medellín.
- Nájera Nájera Mildred y Lozano Santos Juanita (2009). "Curar la carne para conjurar la muerte. Exhumación, segundo velorio y segundo entierro entre los wayuu: rituales y prácticas sociales". En: *Boletín de Antropología* Universidad de Antioquia N.º 40, Medellín, pp. 11-31.
- Pacini Hernández, Debora (1984). *Resource development and indigenous peoples. The El Cerrejón coal project in Guajira, Colombia: Cultural Survival Occasional Paper 15*. Perrin, Michel (1979). "La raison du plus fort est souvent la meilleure... Justice et vengeance chez les Indiens Guajiro". En: Verdier, Raymond (ed.), *La vengeance. Vengeance et pouvoir dans quelques sociétés extra-occidentales* (Vol. II, pp. 163-191). Éditions Cujas, Paris.
- _____ (1987). "Creaciones míticas y representación del mundo: el ganado en el pensamiento simbólico guajiro". En: *Antropológica*, Vol. 67, pp. 3-31.
- _____ (1989). "Creaciones míticas y representación del mundo: el hombre blanco en la simbología guajira". En: *Antropológica*, Vol. 72, pp. 41-60.
- _____ (1992). *El camino de los indios muertos. Mitos y símbolos guajiros*. Monte Ávila Editores Latinoamericana, Caracas.
- _____ (1995). *Los practicantes del sueño. El chamanismo wayuu*. Monte Ávila Editores Latinoamericana, Caracas.
- Picon, François-René (1983). *Pasteurs du nouveau monde. Adoption de l'élevage chez les Indiens guajiros*. Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, Paris.
- Polo Acuña, José (2002). "Identidad étnica y cultural en una frontera del Caribe: La Guajira 1700-1800". En: *Aguaita*, Vol. 8. Polo Acuña, José (2005). *Etnicidad, conflicto social y cultura fronteriza en La Guajira (1700-1850)*. Universidad de los Andes; Observatorio del Caribe Colombiano; Ministerio de Cultura, Bogotá.
- Purdy, Janet R. (1987). "Relaciones étnicas entre los guajiros y el hombre blanco". En: *Montalbán*, Vol. 19, pp. 133-160.
- Rivera Gutiérrez, Alberto (1986). *Material life and social metaphor: change and local models among the Wayuu Indians*. University of Minnesota, Minnesota.
- Salser, Benson. (1986). "Principios de compensación y el valor de las personas en la sociedad Guajira". En: *Montalbán*, Vol. 17, pp. 53-65.
- _____ (1988). "Los Wayú (Guajiro)". En: Coppens, Walter (ed.), *Los aborígenes de Venezuela* (Vol. III, pp. 25-145). Fundación la Salle de Ciencias Naturales, Instituto Caribe de Antropología y Sociología, Caracas.
- Watson, Lawrence (1970). "The education of the cacique in guajiro society and its functional implications". En: *Anthropological Quarterly*, Vol. 43, N.º 1, pp. 23-38.
- _____ (1972). "Urbanization and identity dissonance: A Guajiro case". En: *American Anthropologist*, N.º 74, pp. 1189-1207.